

quetas sucias, descuidadas, obstruidas por tercios y llenas de charcos y de hoyancos.

Si hemos sentido una impresion de repugnancia frente al cementerio, en cambio el cementerio mismo es de extraordinaria belleza.

Por poco observativo que sea el viajero, encuentra en conjunto y como sin clasificacion, americanos, franceses, alemanes, cubanos en gran número y algunos mexicanos, procedentes de nuestros puertos y fronteras, muy característicos.

La calle del Canal divide la ciudad en dos secciones, teniendo por frontera cada una la acera correspondiente.

La parte que mira al Oriente es el barrio frances, la del Occidente el americano; son las dos razas que se contemplan y como que ponen de manifiesto sus virtudes y defectos; pero no chocan, rivalizan, sí; suelen ponerse en caricatura, pero muy frecuentemente se tienden la mano y hacen efectiva la dulce confraternidad.

El viajero, recorriendo cada una de las aceras, va percibiendo, del lado frances, angostas calles con balcones, tejados, antepechos y estorbos: las casas, son de tres, cuatro y cinco pisos, y abren campo irregularmente á fachadas de suntuosos templos, á pórticos de los hoteles y edificios notables, y á plazas con arboledas frondosas y esmeradamente cuidadas.

No obstante, las calles tienden á la curva, y esto depende, segun la guía que tengo á la vista, de que la ciudad antigua se fué extendiendo, siguiendo la curvatura del rio.

En la parte americana, esas calles angostas, advenedizas, como intrusas y desordenadas, hacen campo y como que se

detienen á observar el paso de amplísimas calzadas, de prados sembrados de verde césped y rodeados de elegantes asientos, convertidas en lugares de recreo.

*Claiborne, Rampart, San Charles, Explanada*, se pueden considerar como los paseos principales.

Las casas de estas nuevas calles dan con sus escalinatas á las banquetas, y están adornadas de pórticos graciosos, jardines risueños y praditos pintorescos.

Las casas de las calzadas blanquean, escondiéndose entre los árboles; de las columnas de sus pórticos y del tímpano que corona su frente, cuelgan enredaderas profusas, y saltan entre sus ondas de esmeralda, la llama del clavel y de la rosa, la espuma de las camelias y azucenas, el zafiro de las violetas y de la pasionaria, y los rubíes de la alfombrilla pomposa.

Entre esas enramadas se distinguen las aves del hogar, las fuentes bullidoras de chorros elevados, los niños juguetones, y cuadros, envidia del viajero, y tal vez recuerdo de una felicidad perdida.

Con el nombre de cada calle del lado derecho, parece que nos sale al encuentro un conocido. Calle de Chartes, de Borbon, de San Luis, de San Felipe, las Ursulinas, como que nos presentan cartas de recomendacion y nos traen recuerdos.

Advierte Molinari, que algun ingeniero que hacia sus delicias de las *Cartas de Emilia*, puso sus nombres á las calles de las Dryadas, de Erato y de Clio, y este es otro conocimiento que no desagrada á los extranjeros que no son del todo adversos á las reminiscencias mitológicas.

Pero como para acentuar más las diferencias de las dos razas cuyas corrientes se perciben sin confundirse en la calle



del Canal, del lado francés se marca la concurrencia con modistas de grandes fallas, viejas devotas, sastres sentados en los mostradores, pasteleros petulantes, barberos charlatanes, cafés cantantes y *restaurants á la carte*; miéntras en el barrio inglés abundan los *bar-rooms*, cruzan tercios y carruajes y es más notable el aseo, la amplitud, la grandeza y la luz.

Cuando desde una altura se abraza el conjunto de la ciudad semicircular, aparece con singular belleza.

El inmenso río Mississippi, como que se detiene enamorado en la fértil llanura que lo descarría.

Los bosques de mástiles, los palacios flotantes, las chimeneas, las velas, las banderas, los borbotones de humo, los pitos de los vapores y el movimiento, forman espectáculo delicioso.

El lago Ponchartrain, que se abre y muestra sus márgenes sembradas de tupidas arboledas, entre las que blanquean hermosas quintas, pastan los ganados y cruzan fantásticos carros y carruajes por entre los troncos de los árboles.

En el centro de la calle, y en carril elevado, corren los wagones; á los lados, carros de todos tamaños, que donde quiera declaran almacén y donde quiera descargan, y pegados á las banquetas, al aire libre, de una y otra acera, corren caños asquerosos, que no recomiendan por cierto el aseo y cultura de la policía de Orleans.

En el City Hotel se multiplican las comidas, lo propio que en un buque, y con toda la pícara persecución del estómago del *plan americano*.

El comedor es chaparro; mesas pequeñas con sus carpetas, que fungen á veces de mantel, de damasco, de algodón

encarnado y blanco: allí los lagos de las sopas, las petrificaciones de las carnes, los incendios de las salsas y *pikles*, el ágrío de los budruz calumniados con el nombre de conservas y los envenenamientos *al pastel* ó por medio de pasteles, como diría un escritorcillo de esos que todo lo echan á perder por hablar claro.

El aspecto del comedor, sin ser alegre ni animado, esencialmente del lado yankee, era bastante agradable.

Las señoras penetraban al salón por escaleras y puertas conexas con su departamento especial, y se presentaban al lado de sus caballeros y rodeadas de sus preciosos y elegantes niños, con señorío y compostura.

El *yankee* penetra, deposita su sombrero, reconoce el campo, se arma de trinche y cuchillo, cuida de que no esté lejos una fila de platos como una torre, y aquello es hacer surcos en la mantequilla, desaparecer las papas, trozar las carnes, llover las salsas y armar San Quintín con el convoy; pero no es comer, no es engullir, no es tragar: son absorciones rápidas, ataques rudos y ejercicios de celeridad inconcebibles: llegar, toser, sorber, pararse y desaparecer, es cosa de decir "Jesus" . . . . .

La raza latina, más expansiva, se congrega y se busca; la conversación sazona los platos, y no faltan convidados, ó por lo ménos, platicadores afectuosos.

Por nuestra fortuna, se nos proveyó de un criado llamado Morales, delgado, de chaqueta azul, listo, con el cabello bien peinado, color moreno, tipo mexicano, despierto como un tendero de Atzacotalco ó de Tacuba . . . .

Morales, en dos por tres, se ofreció á nuestras órdenes, nos habló de sus padres, de la guerra del Sur, de los negros



mañosos, de las lavanderas dignas de confianza, de los días de entradas y salidas de buques. . . .

Morales era discreto como un buen cochero del sitio, y más que cualquiera de nuestros ministros diplomáticos.

Morales era agente, secretario, cónsul de la familia mexicana, pródigo y despierto, atento, sin encogimiento, leal, y sobre todo, alegre y sufrido.

Por la mediación de Morales conseguimos arreglar nuestras comidas á hora distinta que la ordinaria, y á esa hora, que era del aseo de las piezas y del descanso de los sirvientes, pudimos observar á irlandesas y negros.

Esta irlandesa es una mujeraza recia de carnes, de andar firme y de una imponderable tenacidad para el trabajo: ella asea las piezas, lava la ropa, limpia los suelos, transporta tercios y olvida su sexo para entregarse á las más duras fatigas, por lo ménos durante el día.

El negro semi-civilizado es el pretensioso y altivo; se alisa el pelo, deja motas de barba como moscos ó como moras pegadas con goma á su barba, ve altanero á sus iguales, y hace las cabriolas de un D. Agapito á sus superiores, gasta corbata azul ó roja, tirantes y chancla con calcetín muy limpio.

El negro es como el burro: en su niñez todo viveza, retozo y gracia; en la edad madura, es sombrío y taciturno.

En todo es estrepitoso el negro: en los mostradores bota á distancia vasos y charolas, de modo que se arrastren y patinen; así avienta las sillas, y así arma ruido estupendo con los platos, botándolos como si fueran de hojadelata ó gutta perca: tose como si aullase, se ríe como quien relincha y baila como quien apisona el suelo.

El negro, si está serio, hace la caricatura del prócer; si festivo, parece que dan suelta á un demonio; tiene la fisonomía como en un cuarto oscuro; cuando se baña, le seguimos con la vista como esperando que se destiña.

La esclavitud ha hecho del negro un sér malicioso y sarcástico; y solo cuando se persuade de una afección, la corresponde con verdadera lealtad y nobleza.

La riqueza de los hacendados del Sur consistía en los negros; libres éstos, los antiguos capitalistas quedaron en la miseria: son dueños del terreno, pero el agio les suministra capitales de los hombres del Norte.

Por su parte los negros, con propensiones á la educación y elementos para aprovechar la libertad, han emigrado; otros, en pequeño número, se educan y cultivan sus campos, y otros han quedado como heces, como residuos, como asientos y despojos que aletarga el ocio, que degrada y pudre el vicio, y que se revuelven como gusanos entre las ruinas, los harapos, los lodazales y las cenizas del incendio de la pasada lucha.

A la proclamación de la igualdad, los elementos que surgían de la nueva posición del negro, eran más bien nocivos al progreso y eficaces para el fomento de la anarquía.

Le eran desconocidos el amor á la familia y del hogar; la propiedad, uno de los más grandes elementos de moralización, le era desconocido también; la pereza había sido para él como una protesta contra la tiranía del amo y como una resistencia á la explotación; de la mentira había hecho su defensa; del disimulo su virtud; del robo casi un recurso, porque era como la restitución que hacían de lo que les robaban.



Esto lo comprendió el Norte, y al convencimiento siguió inmediatamente la práctica de la doctrina de regeneracion.

*La oficina de emancipados* tomó la iniciativa del movimiento civilizador; las diferentes religiones entraron en la competencia del bien; las sociedades de beneficencia se esforzaron por asimilar al conjunto social, y los mismos hombres del Sur encubrieron sus celos y dominaron sus recuerdos, para seguir la tarea de reconstrucción.

Fué tan eficaz el impulso, que sacerdotes, preceptores, sabios, y útiles trabajadores, salieron de entre los negros, incorporándose á la masa comun y resolviendo dificultades.

Ahora se ocupan los hombres pensadores de esa reconstrucción, haciendo efectiva la igualdad por los intereses, y esa es la cuestion económica y de tarifas sembrada de dificultades y peligros.

La llegada de nuestros compañeros, que habian ido á visitar el Niágara y Nueva-York, nos distrajo de aquellas reflexiones, objeto frecuente de nuestra conversacion.

Llegaban, entre otros, Joaquin Alcalde, mi hijo Francisco, Carlos Alvarez Rul y José Iglesias Calderon.

Nuestro gozo fué extremo: Alcalde hablaba de la grandiosidad del Niágara, su aspecto sublime cubierto de nieve, y las peligrosas excursiones sobre el hielo, con sus largos bastones, sus capotes de hule y sus espigas en el calzado.

Francisco me hizo muy buenas reflexiones sobre ferrocarriles de vía ancha y angosta, los puentes colgantes, telégrafos y otras cosas conexas con sus estudios favoritos; José Iglesias traía vistas y apuntaciones del acueducto de Chicago y del Lago de Michigan, y Carlos Alvarez Rul, que se habia captado nuestras simpatías por su finura, su valor y su

alegría en medio de los trabajos, además de observaciones curiosas sobre el servicio de las postas y telégrafos, charlaba de lo lindo sobre costumbres, *restaurants* y *ladies*, á las que no sé á punto fijo si es afecto, pero sí me consta que ve con particular atencion.

Aquel encuentro fué como un relámpago de contento: nos dispersábamos en la mañana en todas direcciones y despues, muchachos y viejos, venian á mi cuarto, donde se bebía siempre y siempre imperaba el buen humor.

—Apunte vd., me decia Alcalde, lo que dice este libro, que es curioso: "Cartas sobre los Estados-Unidos y el Canadá." Aquí, pág. 240, lea vd.

"El comercio del algodón, el grande artículo de riqueza de Orleans, del que exporta un millon quinientas ó seiscientas mil balas, está concentrado en la calle de Carondelet, donde se encuentra el *Cotton Exchange*, propiedad privada de una asociacion. Hora por hora se inscriben con gis en grandes tablas negras, todas las noticias concernientes á la cosecha, estado de los mercados en los Estados-Unidos y en Europa, etc., etc.

"Más léjos se encuentra el cuartel, especialmente dedicado al comercio de los productos del Oeste, lardo, carnes saladas, maíces y harinas."

Otros me hablaban de los edificios, los otros de los paseos . . . . .

—Piano . . . . piano . . . . chicos, les decia yo á todos, que no se ganó Zamora en una hora.

